

Revista Teológica

Publicación Trimestral de Teología y Homilética Luterana

Redactada por la Facultad del Seminario Concordia

Editor: Fr. LANGE

CONTENIDO:

	Página
EL lugar del servicio cristiano	1
El hombre que alborotaba al pueblo	4
Walther y la misión	13
¿Fue San Pedro El primer Papa?	20
La Federación Luterana Mundial y el movimiento ecuménico	27
Moisés	34
Bosquejos para sermones	40

Publicado
por
La Junta
Misionera
de la
Iglesia
Evangélica
Luterana
Argentina

judíos vienen a él. Los judío-romanos saben tan poco de esta nueva religión que la titulan de "secta nueva" y le piden a San Pablo informes acerca de esta doctrina que él portaba. ¿Cómo es posible, si Pedro entonces ya hubiese sido papa por casi 20 años, que alguien lo hubiera conocido y mencionado a Pablo? ¿Cómo es posible que no se visitasen, o que Pablo escribiera nada menos que una carta pastoral a los romanos, si éstos hubiesen tenido a Pedro por papa?

San Pablo escribe a Timoteo en el año 66 quejándose de que todos le han abandonado, pero que Lucas está con él. Pablo parece ignorar que Pedro está junto con él.

Se ve que con el mismo ardor con que los católico-romanos defienden la hipótesis de que Pedro fue a Roma y permaneció allí, otros no-católicos pueden sostener la hipótesis de que Pedro no estuvo en Roma jamás. Por lo menos los argumentos citados son suficientemente sustanciosos para demostrar que Pedro no pudo ser el pastor supremo de Roma por 25 años.

Pero toda esta argumentación respecto de que Pedro haya o no estado en Roma no desempeña un papel tan preponderante. Creo que mucho más importante es en realidad la cuestión de si Jesús realmente encomendó esta tarea de ser papa a Pedro, o no.

Eduardo Weisheim

(Continuará)

¿SABIA UD. QUE . . .

¿Sabía Ud. que 40 % de todos los hombres adultos del mundo no saben leer ni escribir? Esto significa que 700 millones de hombres todavía son analfabetos que forman parte de los pobres y hambrientos en espíritu, y esto en el siglo XX en que los hombres usan las máquinas computadoras para organizar los vuelos hacia la luna, pero otros hombres modernos no saben descifrar las letras o los números del ómnibus en el cual viajan; y en que aún hay hombres que ponen una impresión digital en vez de su firma en un documento porque no saben escribir su nombre.

LA FEDERACION LUTERANA MUNDIAL Y EL MOVIMIENTO ECUMENICO

(Un resumen del artículo de H. Sasse "Las iglesias confesionales en el movimiento ecuménico", publicado por la revista "Lutherische Blaetter").

El impulso para los luteranos a formar organizaciones más amplias provino de América, donde ya la 1ra. guerra mundial había producido una nueva solidaridad entre los diversos grupos luteranos dando origen a una gran obra de ayuda y reconstrucción en el continente europeo devastado por la guerra. Ya antes de concretarse el armisticio en Francia, el Consejo Luterano Nacional recién fundado envió sus primeros representantes a Europa para transmitir a los hermanos en la fe los saludos de los luteranos de América. "Con el propósito de informar al Consejo Luterano Nacional ellos debían examinar la situación y ofrecer a los hermanos en la fe consejo y ayuda en la forma más apropiada. De este modo ellos debían ser fortalecidos, consolidados y animados a reconstruir la iglesia de la Confesión Inalterada de Augsburguro y conservar juntamente con nosotros el patrimonio de la fe". La obra social, comenzada así, no se limitó a los luteranos. La alimentación de los hambrientos, conocida por el nombre de "alimentación por los cuáqueros" era mayormente la obra del Consejo Luterano Nacional (N. L. C.), como también después de la segunda guerra mundial la obra social de los luteranos, incluso los luteranos de la Iglesia Luterana-Sínodo de Misuri, repartió sus beneficios a todos los sufrientes sin preguntar a qué iglesia pertenecían las respectivas personas. El motivo impulsor era la regla de San Pablo: "Hagamos bien a todos, y mayormente a los de la familia de la fe" (Gá. 6:10). La solidaridad de los luteranos de América, recién descubierta, se extendió a los luteranos de toda Europa, especialmente a los pueblos empobrecidos y hambrientos de Europa central y oriental, incluyendo a Rusia y aun a los fugitivos de Asia del Cercano Oriente.

El alma de esta gran obra era John A. Morehead, que siempre será recordado por la historia eclesiástica como uno

de los grandes conductores de la iglesia luterana en el siglo XX. Una profunda piedad luterana, la angustia de un verdadero pastor por las almas humanas, el gran amor, como lo hay entre los pioneros de la misión interior, como Wichern y especialmente Loehle, una sincera lealtad a la Confesión y un admirable talento de organizador estos eran los atributos esenciales de Morehead. Su legado a la posterior Federación Luterana Mundial era que las obras de amor cristiano al prójimo deben ocupar siempre el primer lugar. Ellas son todavía hoy el esfuerzo más eminente de la Federación Luterana Mundial y nunca debiera limitárselas. Por otra parte debemos preguntarnos también con toda seriedad si la Iglesia Luterana actual aun en países donde no fueron diezmadas por la guerra dos generaciones de teólogos es más fuerte en las obras de amor que en la teología. En ambos campos debía ser igualmente fuerte. El gran sucesor de Morehead al final de la 2da. guerra mundial y en la Fed. Lut. Mundial era Sylvester C. Michelfelder que repitió esta obra de amor en una manera que fue digna a su gran tradición.

Todo esto condujo a la fundación de la Convención Luterana Mundial en Eisenach en el año 1923... "Muchos de nosotros" —así se dijo en un informe— vuelven de esta convención mundial a su hogar con grandes esperanzas de que aquello que fue iniciado aquí, represente realmente el comienzo de una nueva época en la historia de la iglesia evangélica luterana. En el fondo predominó el criterio desapasionado luterano.

Soederblom de Suecia estableció expresamente que el propósito del encuentro era, "no el organizarnos a nosotros mismos, sino el fortalecernos mutuamente en nuestra fe. En medio de la cristiandad como un todo, nuestra tarea particular es que como luteranos cultivamos las fuerzas de nuestra vida espiritual". Tales palabras expresan fielmente la fuerza y la debilidad del luteranismo de aquel tiempo. Su fuerza era la piedad luterana, el respeto frente a la Palabra de Dios y la lealtad indiscutible a la herencia confesional que caracteriza las sesiones de Eisenach como también todo el trabajo de la Convención Mundial. Su debilidad manifiesta era su disposición a dejar el desarrollo de la organización

futura de la cristiandad en manos de los anglicanos y de los protestantes reformados...

¿Cómo se explica esto? Una causa era la situación de las iglesias luteranas en las naciones vencidas, empobrecidas e impotentes en el continente. En Escandinavia la iglesia luterana existía en la forma de iglesias nacionales en los pueblos separados lingüísticamente. La causa más profunda, sin embargo, era la falta de fuerza interior, especialmente en el campo de la doctrina y de la teología. Existía y existe hasta hoy en todas estas iglesias una medida asombrosamente grande de sana piedad luterana, aunque la herencia de los padres hoy está por desaparecer rápidamente. En los círculos en los cuales estaba por originarse la Convención Luterana Mundial, había un profundo amor a la iglesia luterana y su confesión, una lealtad indiscutible en cuanto a la doctrina de la Reforma luterana. Esto era el caso especialmente de las iglesias luteranas de América. Sólo con el mayor respeto podemos recordar a los luteranos influyentes de aquella generación, hombres como Morehead, Reu, Hein, Knubel, Pieper. Ellos amaban a su iglesia porque amaban a su Señor Cristo y su evangelio. Pero también en medio de los países de larga tradición luterana, los luteranos convencidos representaban una minoría. La teología era dominada por el historicismo y liberalismo; y paulatinamente cayó bajo la influencia de nuevas fuerzas, de las teorías sociales y nacionales de aquellos años y de la teología de eminentes pensadores reformados como Karl Barth, E. Thurneysen y E. Brunner. Hubo un renacimiento luterano, especialmente en Suecia y Alemania. Pero éste se limitó particularmente a la teología académica, y no penetró en la vida eclesiástica, como lo hizo más tarde la teología de K. Barth cuando en Alemania comenzó el conflicto con el estado totalitario de Hitler. La teología luterana de América había producido algunos grandes eruditos como Michael Reu, pero la teología bíblica y dogmática se limitó —como en muchas iglesias americanas— a transmitir una gran tradición de los padres. La negación de las iglesias dentro de la Conferencia Sinodal a colaborar con la Federación Luterana Mundial de ninguna manera debe sorprendernos. Estas iglesias no podían tener comunión eclesiástica con las iglesias nacionales y regio-

nales de Europa. Ellas sabían muy bien lo que ocurría en la teología de Europa: La disolución de la sustancia dogmática. . .

Aquí no podemos describir la historia de la Convención Luterana Mundial. Basta la constatación de que las reuniones de Eisenach 1923, de Kopenhague 1929, de París 1935 evidenciaban los siguientes hechos: En ningún momento el trabajo teológico de la convención podía medirse con las obras prácticas de amor. La teología se dejó casi exclusivamente en manos de la academia luterana de Sonderhausen. una institución privada del Prof. D. Carl Stange, Gottinga, y parcialmente financiada por el estado, aun en el tiempo de Hitler. Nunca se definió la relación de la Convención Luterana Mundial con las conferencias mundiales por el cristianismo práctico, y por fe y organización eclesiástica. Por eso el luteranismo, hasta donde fue representado por la Convención, nunca fijó un programa ecuménico, fuera de la resolución de París, de "llevar a un contacto estrecho y continuado entre sí a las iglesias luteranas y organizaciones del mundo, para vivificar la unidad de la fe y de la confesión y para rechazar influencias contradictorias y hostiles". La Convención proyectada para 1940 en Filadelfia debía tratar como una de sus tareas más importantes el problema de "Iglesia e iglesias". Pero sobrevino la segunda guerra mundial y la Convención tuvo un fin sin pena ni gloria. Las iglesias luteranas, sin embargo, navegaban, desde 1925 a la zaga (im Kielwasser segeln) del movimiento ecuménico de iglesias reformadas y anglicanas occidentales hacia el puerto del Consejo Mundial de Iglesias, fundado en 1948 en Amsterdam. después de haberse realizado muchos preparativos.

Antes de ocurrir esto, los luteranos se encontraron en Lund en el año 1947 para reemplazar la ya no existente Convención Mundial por una organización más fuerte. Esto no podría objetarse, bajo la condición de que quedara esclarecido desde el principio cuál debiera ser la relación entre la Federación Luterana Mundial y el Consejo Mundial de Iglesias y bajo qué condiciones las iglesias luteranas que toman en serio su confesión pudieran hacerse miembros en la nueva organización ecuménica. Lund descuidó la contestación a esta pregunta, que ya le había sido propuesta a la Federa-

ción Mundial por el programa de Filadelfia. Así se perdió la última oportunidad para la última de las iglesias confesionales de la Reforma, de confesar en la presencia de Dios y delante de toda la cristiandad la doctrina de la Iglesia y de su unidad. No podemos reprochar por eso a nuestros hermanos americanos. Ellos continuaban la tradición de la antigua Convención repitiendo la obra de ayuda y de reconstrucción en una escala mucho mayor y bajo las condiciones más difíciles gracias a la conducción hábil de S. C. Michelfelder que en este sentido continuó la verdadera successio apostolica del finado J. A. Morehead. Pero por el lado de los receptores, los luteranos europeos debían haber expresado su gratitud en el campo de la teología y no lo hicieron. Y por este pecado de omisión fueron gravemente castigados. Las fricciones y discusiones continuas entre aquello que quedó en Ginebra como resto del luteranismo y los piratas implacables eclesiástico-políticos del Consejo Mundial de Iglesias son la consecuencia de las omisiones de los luteranos de confesar su fe cuando todavía era a tiempo.

¿Qué habría podido ocurrir antes de que fuera echada la suerte en Amsterdam? Antes de terminarse la conferencia de fe y organización eclesiástica de 1927 en Lausanne, los delegados luteranos presentaron una declaración solemne, firmada por los dirigentes de las delegaciones luteranas de América, Francia, Alemania, Letonia, Noruega y Suecia. En ella protestaban contra la intención de muchos miembros de la conferencia de que los documentos doctrinales fueran aceptados por una mayoría de los votantes y entregados a las iglesias como una sugestión para la unión de iglesias. En lugar de esto exigían que estos textos fuesen estudiados cuidadosamente por una pequeña comisión de expertos de las distintas denominaciones que gozaran de la confianza de sus iglesias y que debían formar la base y el fundamento para diálogos responsables entre las iglesias (ortodoxas, luteranas, anglicanas, metodistas, bautistas, congregacionalistas). En otras palabras: no las conferencias interconfesionales con una composición más o menos casual, sino el diálogo responsable entre las grandes iglesias de la cristiandad debía ser el foro para decisiones ecuménicas. Pero esta declaración se olvidó pronto. En la asamblea del Consejo Mundial

ninguna iglesia luterana presentó jamás una confesión. Esto se hizo el privilegio de los ortodoxos del oriente.

La declaración luterana de Lausanne que encontró la aprobación de muchos delegados de iglesias confesionales de distintas denominaciones, anticipó la decisión que debía tomarse en 1948 en Amsterdam. El punto decisivo era si el Consejo debía organizarse según principios regionales o confesionales. Se trataba del problema: ¿Debe ser la unidad de la iglesia en primer término la unidad de "todos en cada lugar", o la unidad de aquellos que, aunque diseminados en muchos lugares, sin embargo están unidos por una sola fe? Amsterdam fue la amplia victoria de la idea pietista-unionista, entusiasta de "todos en cada lugar". Esta victoria fue confirmada por la declaración sobre la "unidad de las iglesias" (Nueva Delhi, Informe pág. 116). La lista de las iglesias que son miembros del Consejo Mundial enumera las iglesias según puntos de vista geográficos, por orden alfabético de los países... La existencia de corporaciones confesionales no se reconoce o se sobrepasa tranquilamente. La Iglesia Luterana Americana (A. L. C.) p. ej. pertenece juntamente con las dos denominaciones de la Religious Society of Friends y con los Bautistas del Séptimo Día (Seventh Day Baptists) al grupo de EE. UU. y no a un grupo de "iglesias luteranas". Era precisamente esto lo que se había exigido como condición para ser miembro en el Consejo Mundial: que el Consejo se organizara no regional sino confesionalmente. Esta 'conditio sine qua non' pronto fue olvidada, como condiciones semejantes en el caso de otras iglesias. Sólo en el caso de la participación de la gran asamblea plenaria debían ser tomadas en cuenta las distintas confesiones, cosa que por otra parte se sobrentendía. Antes de Nueva Delhi se había preparado la recepción de la iglesia de Grecia bajo tres condiciones. Una de ellas fue que no fuese integrado en el Consejo Mundial de Iglesias el Consejo Internacional de Misión. Ninguna de estas condiciones se cumplió y la Iglesia de Grecia se doblgó. El Vaticano de Ginebra sabe cómo debe tratar a los rebeldes.

Así la nueva Federación Luterana Mundial omitió en Lund en 1947 concebir un programa ecuménico que estuviera conforme con la doctrina de la Confesión de Augsburgo con

respecto a la Iglesia y su unidad, y luchar por este programa. Lo que es posible entre iglesias cristianas que no pueden conseguir el pleno consentimiento en la doctrina del evangelio y en la administración de los sacramentos, es: el diálogo serio y responsable sobre las partes doctrinales en que la cristiandad está separada. Basta mirar la tercera parte de los Artículos de Esmalcalda para conocer que casi cada problema de la fe cristiana, incluso el artículo de la justificación, puede discutirse por los luteranos con teólogos de otras iglesias. Pero hay una presuposición inalienable para cada diálogo de tal índole. Esto era para los luteranos el reconocimiento incondicional de los "altos artículos de la majestad divina", el dogma trinitario y cristológico de la Iglesia. Existe además la posibilidad para iglesias de diferentes convicciones dogmáticas que tienen en común las mencionadas doctrinas, de que concierten una federación temporaria o permanente para realizar ciertas tareas prácticas en el campo de la caridad cristiana, de la legislación estatal sobre el matrimonio, la familia, escuela y educación, la posición jurídica de las iglesias y tal vez en otros aspectos, que se encuentran fuera de las tareas propias de la iglesia, de la predicación del evangelio y de la administración de los sacramentos.

H. Sasse
Trad. F. L.

¿SABIA UD. QUE . . .

¿Y la angustia espiritual? "Queremos poner todos los medios eclesiásticos reunidos para programas de desarrollo a disposición incondicional de representantes y grupos revolucionarios-socialistas de Africa, Asia y América Latina". Esta su-gestión la hicieron jóvenes cristianos y teólogos a la última reunión de la EKD (Iglesia Evangélica de Alemania) para que sea aceptada oficialmente como una moción aprobada. ¿Y qué se hará con los 2000 millones de hombres paganos? ¿O con la divulgación de la Biblia en el mundo? Las sociedades bíblicas precisan para 1969 9 millones de dólares —pero por falta de material deben reducir sus proyectos conformándose con 7 millones.